

Y este buen tono que invocaba como suprema norma de conducta le trajo de pronto á la cómica realidad de su situación, por lo cual el marqués alargó un dedo al significativo apretón de mano del buen doctor y se retiró con dignidad á sus tiendas, mientras el otro se marchaba á proseguir su ruta de la mañana.

¡Magnífica clientela la de ese Jenkins! Palacios de alto bordo, escaleras con caloríferos, atestadas de flores en cada meseta, alcobas acolchadas y sedosas donde la enfermedad aparecía discreta, elegante, donde nada recordaba esa mano brátal que postra en un lecho de miseria á los que no paran de trabajar sino para morir. Bien considerado, no cabía llamar enfermos á esos clientes del doctor irlandés. Ni uno solo de ellos hubiera sido admitido en un hospital. Sin fuerza ya sus órganos para la más leve sacudida, su mal no residía en parte alguna, y en vano el médico, pegado á sus pechos, se hubiera esforzado en buscar la palpitación de un sufrimiento en aquellos cuerpos donde la inercia y el silencio de la muerte tenían su asiento. Eran enclenques, extenuados, anémicos, devorados por una vida absurda, pero que era á su ver tan buena que se encarnizaban en prolongarla. Las perlas Jenkins debían cabalmente su reputación á que eran á modo de latigazo aplicado á esas existencias febriles.

—Doctor, os lo pido por amor de Dios, que esta noche pueda ir al baile, decía la joven arrellanada en su canapé, y en voz que no era más que un eco.

—Iréis, iréis, querida señora.

Y la joven iba al baile y nunca había estado tan hermosa.

—Doctor, á todo trance, aunque me cueste la vida, es preciso que mañana por la mañana asista al consejo de ministros.

Y, con efecto, asistía al consejo, y alcanzaba un triunfo de elocuencia y de diplomacia ambiciosa. Luégo... ¡oh! luégo sucedía lo que sucedía... Pero, ¿qué importa? Hasta el postrer momento los clientes de Jenkins circularan, se exhibían, saciaban el egoísmo devorador de la multitud. Morían en pié, como gente de mundo.

Tras un sin fin de vueltas por la Chaussée-d'Antin, por los Campos Eliseos, después de haber visitado cuanto había

de millonario ó de blasonado en el barrio de Saint-Honoré, el médico en moda llegó al ángulo que forma el Cours-la-Reine y la calle de Francisco I, frente á un chaflán convexo que hacía esquina al muelle, y penetró en una habitación situada en la planta baja, que en nada se parecía á las que hasta entonces había visto. Desde su ingreso, los tapices que cubrían las paredes, las vetustas vidrieras que con sus tiras de plomo rasgaban una luz discreta y difusa, un santo colosal esculpido en madera que daba el frente á un monstruo japonés de ojos saltones y espalda cubierta de escamas delicadamente superpuestas, demostraban el gusto fantástico y curioso de un artista. El criado chiquitín que abrió la puerta sujetaba un galgo árabe más alto que él.

—Madame Constanta está en misa, dijo, y la señorita en el taller, sola... Desde las seis de la mañana que estamos trabajando, añadió el muchacho dando un bostezo lamentable que el perro cogió al vuelo y que le hizo abrir cuan grande era su rosada boca erizada de agudos dientes.

Jenkins, á quien hemos visto entrar con tanta tranquilidad en el cuarto del ministro de Estado, temblaba ligeramente al levantar la tapicería que ocultaba la puerta abierta del taller. Era éste un soberbio taller de escultura, uno de cuyos lados, siguiendo la curvatura del frontis exterior, arqueábase á su vez en galería de cristales bordada de pilastras, ancho vano luminoso que la bruma opalizaba en aquel momento. Mejor decorada de lo que suelen estarlo por lo común las piezas de trabajo de aquella especie, que con las manchas del yeso, los palillos, los montones de barro, los aguazales, parecen más que otra cosa depósitos de albañilería, añadía aquella á su destino artístico cierta coquetería y refinamiento. Plantas verdes por todos los ángulos, algunas pinturas de mérito colgadas de la pared desnuda, acá y acullá—puestas en repisas de roble—dos ó tres obras de Sebastián Ruys, entre ellas la última, que no se expuso hasta después de su muerte, y que aparecía cubierta por una gasa negra.

La dueña de la casa, Felicia Ruys, la hija del célebre escultor, conocida ya á su vez por dos obras maestras, el busto de su padre y el del duque de Mora, estaba en el centro del taller ocupada en modelar una figura. Ceñida por una amazona de tela azul que caía en tirados pliegues, arrollada al

cuello, como corbatín de hombre, un pañuelo chinesco, con sus cabellos negros y finos agrupados sin arte por el molde antiguo de su diminuta cabeza, Felicia trabajaba con extremado ardor que añadía á su belleza la condensación, el fruncimiento de todos los rasgos de una expresión embebecida y satisfecha. Á la llegada del doctor, ese semblante cambió como por ensalmo.

— ¡Ah! sois vos, dijo bruscamente, como si despertase de un sueño... ¿Habéis llamado?... No había oído nada.

Y en el hastío, en la fásitud que de súbito inundaron aquel adorable rostro, no quedó nada de expresivo, nada de brillante fuera de los ojos, unos ojos en los cuales el brillo ficticio de las perlas Jenkins se avivaba con una salvajez de temperamento.

¡Oh! cuánta humildad, cuánta condescendencia hubo en la voz del doctor al responderle:

— ¿Tanto os absorbe vuestro trabajo, querida Felicia?... ¿Estáis haciendo algo nuevo?... ¡Qué bonito es!

Acercóse al boceto, informe todavía, donde empezaba á apuntar un grupo de dos animales, uno de ellos un galgo á la carrera de una embestida verdaderamente extraordinaria.

— Esta noche se me ha ocurrido... Me he puesto á trabajar con luz artificial... El pobre Kadour es el que pasa un mal rato, dijo la joven dirigiendo una mirada de bondad acariciadora al galgo cuyas patas se esforzaba en separar el criadillo á fin de colocarle otra vez en postura.

Jenkins insinuó en tono paternal que no había hecho bien en fatigarse de aquel modo, y cogiéndole la muñeca con precauciones escolásticas:

— Á ver, estoy seguro de que tenéis fiebre.

Al contacto de aquella mano con la suya, Felicia hizo un movimiento casi repulsivo.

— Dejadlo, dejadlo... vuestras perlas no me hacen nada... Cuando no trabajo me aburro; me aburro soberanamente, hasta morir; mis ideas son del color de esa agua que discurre por ahí enturbiada y viscosa... Comenzar la vida, y estar cansada ya de la vida. ¡Es divertido á fe!... Hasta le tengo envidia á mi pobre Constanza, que se pasa los días sentada en su sillón, sin despegar los labios, pero sonriendo para sí al recuerdo de un pasado que revive en su memoria... Yo ni esto

tengo, ni recuerdos agradables... No me queda sino trabajar... trabajar...

Mientras hablaba, seguía modelando con rabia, ora con los palillos, ora con los dedos los cuales enjugaba de vez en cuando en una esponjilla puesta en el zócalo de madera que sostenía el grupo; de tal suerte que sus quejas, sus tristezas, incomprensibles en una boca de veinte años que tenía, en reposo, la pureza de una sonrisa griega, parecían como proferidas al azar y sin ir dirigidas á nadie. Jenkins, sin embargo, parecía inquieto, turbado de oírlas, á pesar de la atención evidente que ponía en la obra de la artista, ó mejor, en la artista misma, en la triunfante gracia de aquella niña cuya belleza parecía haberla predestinado al estudio de las artes plásticas.

Molestada por la mirada de admiración de que se sentía objeto, Felicia añadió:

— Y ahora que recuerdo, por fin he visto á vuestro Nabab... El viernes último me le enseñaron en la Ópera.

— ¿Estabais en la Ópera el viernes?

— Sí, el duque me mandó su palco.

Jenkins mudó de color.

— Pude conseguir que Constanza me acompañase. Era la primera vez desde hacía veinte y cinco años, cuando su función de despedida, que entraba en la Ópera. Le hizo su efecto. Durante el baile sobre todo, estuvo agitada, radiante, sus antiguos triunfos chispeaban todos en sus ojos. ¡Qué fortuna la de sentir emociones como esas!... Y ese Nabab es todo un tipo. Será preciso que me le traigáis. Es una testa que me gustaría mucho hacer.

— ¿La suya? ¡Pero si es horrible!... No le habréis mirado bien.

— Al contrario, perfectamente... Estaba frente á nosotras... Aquella máscara de etíope blanco, en mármol sería magnífica. Á lo menos no tiene nada de vulgar... Por lo demás, ya que es tan feo como decís, no estaréis tan mohíno como el año pasado mientras hacía el busto de Mora... ¡Qué mala cara hacíais, Jenkins, en aquella época!

— Ni por diez años más de vida, murmuró Jenkins en voz sombría, quisiera volver á aquellos momentos... En cambio, á vos os divierte el ver sufrir.

—Ya sabéis de sobras que á mí nada me divierte, dijo ella encogiéndose de hombros con suprema impertinencia.

Luégo, sin mirarle, sin añadir una palabra más, sumióse en una de esas actividades taciturnas por medio de las cuales los verdaderos artistas se sustraen á sí mismos y á cuanto les rodea.

Jenkins dió algunos pasos por el taller, sumamente agitado, con los labios henchidos de declaraciones que no se atrevían á salir, comenzó dos ó tres frases que quedaron sin contestación; por fin, comprendiendo que era despedido, cogió el sombrero y se dirigió hacia la puerta.

—Así pues, quedamos en esto... En que es preciso que os le traiga.

—¿Y á quién?

—Pues al Nabab... Vos misma, hace un momento...

—¡Ah! sí, contestó la singular mujer, cuyos caprichos no solían ser duraderos, traedle si os place; no tengo gran empeño.

Y su hermosa voz apagada en la cual parecía como que hubiese algo roto, el abandono de todo su sér decían bien á las claras que era cierto, que no ponía empeño en nada del mundo.

Jenkins salió de allí grandemente turbado y con la frente contraída. Pero no bien estuvo fuera cuando recobró su fisonomía risueña y cordial, como que era de aquellos que van siempre con careta por las calles. La mañana estaba ya adelantada. La bruma, visible aún en las cercanías del Sena, flotaba ya sólo en girones y daba una vaporosa levedad á las casas del muelle, á los vaporcitos cuyas ruedas permanecían ocultas, al horizonte lejano en el cual se cernía, como globo dorado cuya red despediese rayos de luz, la cúpula de los Inválidos. La tibieza del ambiente, la animación de las calles denotaban que se acercaba la hora del medio día, que pronto la darían con su badajo las campanas todas.

Antes de ir á casa del Nabab, Jenkins tenía que hacer aún otra visita. Pero esta visita parecía sentarle bastante mal. Con todo, lo había prometido y no había más sino cumplir. Y en voz resuelta:

—68, San Fernando, en los Ternos, dijo subiendo de un brinco á su carruaje.

El cochero Joë, escandalizado, se hizo repetir dos veces la dirección; hasta el caballo pareció vacilar un momento, como si el animal de lujo y la suntuosa librea se rebelasen á la idea de un viaje á barrio tan apartado, fuera del círculo reducido pero brillante en el cual se agrupaba la clientela de su dueño. Así y todo, sin tropiezo alguno, se llegó al cabo de una calle de las afueras, todavía por terminar, y á la última de sus casas, un inmueble de cinco pisos que la calle parecía haber mandado á la descubierta á fin de enterarse de si podía avanzar por aquel lado: así estaba de aislado y solo entre solares en expectativa de próximas edificaciones ó llenos de escombros, con piedras talladas, persianas desvencijadas abiertas en el vacío, marcos apolillados cuyos goznes colgaban á medio caer, osario inmenso de toda una barriada derruida.

Una porción de tabletas de anuncios se columpiaban encima de la puerta exornada de un gran cuadro de fotografías blanco del polvo, junto al cual se detuvo Jenkins un momento. ¿Había tal vez venido tan lejos el ilustre médico para mandarse hacer retratos tarjetas? Así parecía según estaba de atento frente á aquel escaparate cuyas quince ó veinte fotografías representaban una familia sola en posiciones y actitudes diversas: un caballero entrado en años con la barba afianzada en un alto corbatín blanco, con una burjaca de cuero debajo del brazo, rodeado de un enjambre de muchachas, unas con moño, con trenzas otras, vistiendo todas traje negro adornado modestamente. Aquí figuraba el anciano caballero con sólo dos de las muchachas; allá se dibujaba solitaria una de esas jóvenes y lindas siluetas, apoyado el codo en una columna truncada, inclinada sobre un libro la cabeza en actitud de natural abandono. Pero en definitiva, era siempre el mismo tema con variaciones diversas, y no había en el escaparate más caballero que el caballero anciano del blanco corbatín, ni más rostros femeninos que los de sus numerosas hijas.

«El taller en el quinto piso» decía un renglón que corría por la parte superior del cuadro. Jenkins suspiró, midió con la vista la distancia que separaba el piso de la calle, del balconcito de allá arriba, junto al cielo; luégo se decidió á entrar. Por la escalera se cruzó con un corbatín blanco y una majestuosa burjaca de cuero; sería sin duda el caballero anciano del aparador. Interrogado, contestó que efectivamente M. Ma-

ranne vivía en el quinto piso: « Pero, añadió con sonrisa atractiva, los pisos no están muy altos. » Mediante esta promesa, el irlandés emprendió la ascensión por una escalerilla estrecha y recién estrenada, con mesetas no mayores que los escalones, una puerta por piso, y ventanas abiertas por las cuales se veía un patio de miserable aspecto y otras cajas de escalera aún por llenar; una de estas horribles viviendas de nuestros tiempos, edificadas á docenas por contratistas sin una peseta, y cuyo peor inconveniente consiste en sus delgados tabiques que establecen entre todos sus moradores una especie de comunidad de falansterio. En aquel momento las incomodidades eran todavía pequeñas, gracias á que no estaban habitados más que los pisos cuarto y quinto, cual si los inquilinos hubiesen llovido del cielo.

En el cuarto, detrás de una puerta cuya plancha de latón anunciaba á « *M. Joyeuse, perito mercantil* » el doctor oyó un ruido de frescas carcajadas, de cháchara juvenil, de pasos atolondrados que le acompañaron hasta el piso superior, hasta el establecimiento de fotografía.

Una de las sorpresas de París consiste en esas pequeñas industrias que hacen nido en todos los rincones, y que parece que viven incomunicadas con el exterior. Lo primero que uno se pregunta es de qué viven las familias que se instalan en aquellos chiribitiles, cuál es la providencia meticulosa, por ejemplo, que cuida de mandar clientes á un fotógrafo que habita una buhardilla en terrenos por edificar, en el extremo de la calle de San Fernando, ó libros que revisar al funcionario del piso inferior. Jenkins, haciendo para sí semejantes reflexiones, sonrió de lástima; y luégo se metió de rondón en el quinto, ateniéndose á la inscripción siguiente: « Adelante sin llamar. » ¡ Ay! No se abusaba mucho del permiso... Un mozo alto, con anteojos, en ademán de escribir encima de una mesita, con una manta de viaje arrollada á las piernas, se levantó precipitadamente para recibir al visitante á quien su cortedad de vista no le había permitido reconocer.

— Buenos días, Andrés... dijo el doctor tendiendo lealmente su mano.

— ¡ Señor Jenkins!

— Ya lo ves, siempre la misma bondad para contigo... Tu proceder para con nosotros, tu terquedad en vivir lejos de

tus padres imponían á mi dignidad una gran reserva; pero tu madre ha llorado. Y aquí me tienes.

Y mientras hablaba, recorría con la mirada el reducido aposento, las paredes destartadas, los muebles escasos, la máquina fotográfica completamente nueva, la pequeña estufa á la prusiana nueva también y virgen de lumbre, iluminado desastrosamente por la luz vertical que caía del techo de vidrio. La cara desmirriada, la barba rala del joven á quien el color claro de los ojos, la estrecha altura de la frente y los cabellos largos y rubios echados atrás daban el aspecto de un iluminado, todo se acentuaba con la crudeza de aquella luz; y á la vez que todo ello, el áspera energía de su mirada límpida que se clavaba en Jenkins friamente y oponía de antemano á todos sus razonamientos, á todas sus protestas, una resistencia inquebrantable.

Pero el bueno de Jenkins se hacía el desentendido.

— Lo sabes perfectamente, querido Andrés... Desde el día que casé con tu madre, que te considero como hijo mío. Pensaba dejarte mi despacho, mi clientela, sentar tu pié en un estribo dorado, satisfecho de verte seguir una carrera consagrada al bien de la humanidad... De pronto, sin decir por qué, sin preocuparte por el efecto que semejante ruptura podía producir á la vista de las gentes, te has apartado de nosotros, has dejado tus estudios, renunciado á tu porvenir, para entregarte á no sé qué especie de vida extravagante, para tomar un oficio ridículo, refugio y pretexto de todos los desheredados.

— Hago de este oficio para vivir... Es un modo como cualquiera otro de ganarse la vida en expectativa de otro mejor.

— ¿ En expectativa de qué? ¿ de la gloria literaria?

Y miraba desdeñosamente los garabatos esparcidos por encima de la mesa.

— Es que todo eso no es serio, y he aquí lo que vengo á decirte: se te viene á la mano una buena ocasión, una puerta abierta de par en par al porvenir... Está fundada la obra de Bethlehem... El mejor de mis ensueños humanitarios ha tomado cuerpo... Acabamos de comprar una soberbia quinta en Nanterre para instalar nuestro primer establecimiento... He pensado en ti, como en otro yo, para confiarte la dirección, la inspección superior de la casa. Una habitación de prin-

cipe, sueldo de jefe de división, y el placer de prestar un servicio á la gran familia humana... Una palabra no más, y te llevo á casa del Nabab, á casa del hombre de gran corazón que costea los gastos de nuestra empresa... ¿Aceptas?

—No, contestó el interpelado tan secamente que Jenkins llegó á perder su aplomo.

—No me sorprende... Esperaba esta negativa, pero así y todo he venido. Mi lema es: «Haz bien sin esperanza.» Quiero ser fiel á mi lema... Así pues, quedamos entendidos... prefieres á la existencia honrada, digna, fructuosa que vengo á ofrecerte, una vida al azar, sin salida y sin dignidad...

Andrés no respondió una palabra, pero su silencio hablaba por él.

—Considéralo bien... No ignoras las consecuencias de esta decisión, un alejamiento definitivo, á bien que tal ha sido siempre tu deseo... No hay que decir, prosiguió Jenkins, que acabar conmigo es romper también con tu madre. Ella y yo no hacemos más que uno.

El joven palideció, vaciló un momento; luego, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Si mi madre quiere venir aquí á verme, me dará el mayor de los gustos... Pero mi resolución de salir de vuestra casa, de no tener con vos nada de común, es irrevocable.

—¿Podré á lo menos saber el por qué?

El interpelado hizo un signo negativo indicando que no lo diría.

Aquel mutismo produjo en el irlandés un verdadero arrebatado de cólera. Su rostro tomó un aspecto sardónico, feroz, que hubiera dejado asombrados á los que no conocían más que al leal y bondadoso Jenkins; pero se guardó muy bien de dar un paso más en busca de una explicación que tal vez temía tanto como deseaba.

—Quedad con Dios, dijo al trasponer el umbral volviendo á medias la cabeza... Y nunca más os acordéis de nosotros.

—Está muy bien... contestó su hijastro en tono resuelto.

Esta vez, cuando el doctor hubo dicho á Joë: «Plaza Vendôme,» el caballo, como si hubiese comprendido que era cuestión de ir á casa del Nabab, agitó con orgullo su reluciente barbada, y el cupé partió escapado, convertido en sol cada uno de los ejes de sus ruedas...

—¡Venir tan lejos á buscar una acogida semejante! ¡Una celebridad de la época tratada de tal suerte por ese bohemio! Luego desvivios por hacer bien...

Jenkins dió suelta á su enojo en un largo monólogo todo él de ese estilo: luego, poniéndose de repente sobre sí:

—¡Ah! ¡bah!...

Al llegar á la acera de la plaza Vendôme no quedaba en su semblante el más leve rastro de su preocupación. Era la hora del medio día. Descorrido el velo de bruma en que se escondiera, el París lujoso, despierto y en pie, comenzaba su vertiginosa jornada. Los escaparates de la calle de la Paz resplandecían. Los palacios de la plaza parecían ponerse en orgullosa fila para las recepciones de la tarde; y en el fondo, al extremo de la calle de Castiglione orlada de blancos pórticos, las Tuilerías, á la diáfana luz de un sol de invierno, erguían sobre el fondo marchito de la vegetación sus estatuas que el frío sonrosaba y hacía tiritar.

